

Un sillón .
que mira
al
Sena



Mina

Amin

Louff

Alianza editorial

Amin Maalouf

Un sillón que mira al Sena

Traducido del francés por
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

Índice

Preámbulo

1. De aquel que se ahogó por querer salvar a su pupilo
2. De aquel a quien solo le gustaba escribir en latín
3. De aquel que prefirieron a Corneille
4. De aquel que era la envidia de los escritores
5. De aquel que iba a renacer al cabo de dos siglos
6. De aquel que le susurraba al oído al rey
7. De aquel que le pasó por delante a Voltaire
8. De aquel que se convirtió en un emblema de Occitania
9. De aquel que idolatraba a Molière
10. De aquel a quien condenaron dos veces a muerte
11. De aquel a quien eligieron en contra de Víctor Hugo
12. De aquel que quiso volver a inventar la medicina
13. De aquel que se atrevió a decir que Jesús era «un hombre»
14. De aquel a quien no le gustaba su antecesor
15. De aquel que fue «el hombre más insultado de Francia»
16. De aquel al que todo el mundo iba a oír
17. De aquel a quien fascinaban los ciclos del sol
18. De aquel que estaba encariñado con las culturas frágiles

Epílogo

Agradecimientos y notas

Créditos

Para Delia, heredera de cuatro civilizaciones

Preámbulo

ESTE LIBRITO ES FRUTO del remordimiento.

En junio de 2011 disfruté por partida doble del privilegio de que me eligieran miembro de la Academia Francesa y de ocupar el sillón de un hombre por el que sentí una sincera admiración desde mis tiempos de universitario: Claude Lévi-Strauss.

El ritual de la Compañía establece que el nuevo miembro haga un elogio de su antecesor. Yo estaba encantado de que se me brindase la ocasión de leerme las obras de tan destacado antropólogo —o de volverlas a leer en algunos casos— y de investigar su vida, que no conocía bien. La tarea resultó apasionante gracias sobre todo a Monique Lévi-Strauss, la viuda del profesor, que nos invitó a mi mujer y a mí a pasar una temporada en su finca de Lignerolles, en Borgoña, y que me abrió generosamente los cajones de su eminente marido, además de los de su propia memoria.

Si bien guardo un recuerdo maravilloso de los doce meses transcurridos desde que me eligieron hasta que acudí a la solemne ceremonia de ingreso bajo la Cúpula, no dejaba de tener cierto remordimiento.

Al leer por encima la lista de quienes habían ocupado el sillón número veintinueve de la Academia antes que el profesor Lévi-Strauss, descubrí a un personaje que había sido de vital importancia cuando preparaba mi primer libro: el historiador Joseph Michaud. En una librería del Barrio Latino tuve la suerte de toparme con una edición antigua de su Historia de las Cruzadas en siete tomos, publicada a principios del siglo XIX, de donde saqué datos esenciales

que me había costado mucho encontrar en otros sitios. De modo que me propuse rendirle, en el discurso, un homenaje, tanto más entusiasta cuanto que ya nadie se acuerda de este hombre.

Sin embargo, estaba tan enfrascado en la extensa obra de mi predecesor inmediato; ansiaba tanto dar a conocer por igual su aportación a la ciencia, su evolución intelectual y su andadura personal, y tenía tanto empeño en citar a otro ocupante ilustre del mismo sillón, Ernest Renan, que se fue a vivir a un pueblo de la cordillera del Líbano para escribir allí su obra más famosa y controvertida, la Vida de Jesús..., que no podía desviarme aún más de mi objetivo refiriéndome a otro predecesor. De modo que, al final, tuve que renunciar al parrafito que había pensado dedicarle al señor Michaud.

Me prometí a mí mismo que enmendaría la omisión en cuanto me fuera posible, dedicándole un artículo; o, si surgía la ocasión, una conferencia. Así que me puse a investigar dando por hecho que iba a descubrir al profesor y erudito venerable que cabía esperar de un estudio sobre las Cruzadas tan extenso como el suyo. Pero, a medida que iba leyendo, me encontré con un Michaud muy distinto: un agitador, un aventurero temerario que, en plena Revolución Francesa, acabó encarcelado por sedición y detenido en un lugar por entonces conocido como el Colegio de las Cuatro Naciones, que acababan de convertir en cárcel y que hoy en día alberga... la Academia Francesa. Y fue desde allí de donde salió, debidamente custodiado, hacia Les Tuileries, sede del tribunal revolucionario que se disponía a condenarlo.

Aunque no crea en los fantasmas vengadores, no tengo inconveniente en creer en los donosos fantasmas literarios, que merodean por las mansiones abandonadas y acechan a las mentes soñadoras. El de Michaud debía de estar presente bajo la Cúpula cuando me puse en pie para pronunciar el discurso de ingreso en el que no me había parecido

imprescindible mencionarlo. Pero allí estaba él, muy cerca de mí, sin que yo lo viera.

Ahora estaba decidido a hacer cuanto estuviese en mi mano para enmendar el yerro. Me enfrasqué de nuevo fervorosamente en los escritos del historiador y en las peripecias de su existencia (el nacimiento, los viajes, el ingreso en la Academia y, por fin, la muerte). Lo cual despertó mi interés por su sucesor y su antecesor. Y, como una cosa lleva a la otra, por todos y cada uno de los que, antes o después que él, habían ocupado el mismo sillón a lo largo de los cuatro últimos siglos.

Me apetecía conocer mejor a todos esos personajes a los que ahora me vinculaba cierta filiación espiritual, con la esperanza de que algunos me deparasen emociones análogas a las que había experimentado con Michaud. Y no me decepcionaron. De hallazgo en hallazgo y de sorpresa en sorpresa, no tardé en decidir que tampoco este trabajo iba a dedicárselo a un solo hombre sino a toda una sucesión.

Empezando por el primero de estos «antepasados», del que confieso que no había oído hablar nunca antes de que me tocara sentarme, temporalmente, en este sillón que antes fue suyo.

1

*De aquel que se ahogó por querer salvar
a su pupilo*

EL PRIMER OCUPANTE DEL SILLÓN se sentó en él muy poco tiempo. Ingresó en marzo de 1634 y se ahogó en el Sena catorce meses después, lo que le valió el trágico privilegio de ser el primer «Inmortal»¹ que se murió.

Hoy en día, de Pierre Bardin ya no se acuerda nadie. Como pasa, de hecho, con la mayoría de los escritores franceses de su generación. Unos decenios antes vivieron Ronsard, Du Bellay, Rabelais y Montaigne, a los que aún seguimos leyendo; y unos años después llegaron Corneille, Racine, Molière y La Fontaine, cuya obra también ha resultado ser inmortal. Entre estos dos aluviones literarios, un vacío.

En lo que se refiere a los cuarenta primeros académicos, ya no se publica ninguno de sus libros. Tan solo algún que otro nombre se mantiene aún a flote a duras penas en la memoria de la gente. No es el caso del de Bardin, al que en la actualidad solo conocen un puñado de especialistas en el siglo XVII. En vida gozó de cierto renombre, pero nunca se lo consideró un gran escritor. Y a pesar de que fue el primer titular de su sillón, malamente se lo puede incluir entre los fundadores de la Compañía.

QUIENES SE MERECEAN POR derecho propio esta apelación son apenas una decena, con Valentin Conrart a la cabeza. Naci-

do en una familia calvinista acomodada, y pese a ser un escritor anodino, fue un lector avezado y un gramático sobresaliente al que, en 1629, se le ocurrió la idea de fundar en París, con unos cuantos amigos, un círculo literario que se reuniese a intervalos regulares. Tenían una media de edad de treinta años; el propio Conrart solo tenía veintiséis, y el más joven, Germain Habert, apenas había cumplido los diecinueve; pero hay que decir que acudía a las sesiones con su hermano mayor.

Gustaban mucho de reunirse, y como vivían en barrios diferentes, los contrariaba tener que recorrer la ciudad para coincidir. En aquella época, en la que, obviamente, no había ningún medio para comunicarse a distancia y había que desplazarse personalmente o mandar a un recadero, resultaba dificultoso verse. ¿No sería más fácil, se dijeron pues, quedar todas las semanas, el mismo día y a la misma hora, en un lugar acordado previamente?

Decidieron reunirse en casa de Conrart, que era soltero y vivía en pleno centro de la capital, en la calle de Saint-Martin, que les caía a todos a la misma distancia. Allí, según cuenta Paul Pellisson, autor de la primerísima *Histoire de l'Académie française*, charlaban en confianza, como harían en cualquier visita, sobre todo lo habido y por haber: negocios, noticias, obras literarias, etc. «Si alguno de la compañía escribía una obra, no dudaba en enseñársela a los demás, que le daban su parecer con total libertad; y, después de la tertulia, ora salían a pasear, ora tomaban un refrigerio... Aún hoy siguen hablando de aquella era temprana de la Academia como de una edad de oro durante la cual, sin alharacas, ni boatos ni más ley que la de la amistad, gozaban juntos de lo más encantador y placentero que brindan la comunidad de las mentes y la vida sensata».

Habían hecho la promesa de no contarle nada a nadie sobre su reducido cenáculo y la mantuvieron tres o cuatro años. Pero un buen día, uno de ellos, el poeta Claude de Malleville, se fue de la lengua, por suerte o por desgracia,

según se mire. Estando con un escritor llamado Nicolas Faret, mencionó de pasada las reuniones. Faret era un *bon vivant*, podría incluso decirse que un juerguista; muchos escritores de su época (entre ellos Nicolas Boileau) compusieron epigramas en los que «Faret» rimaba con «cabaret», evidenciando así su constante presencia en este tipo de locales. ¿Coincidirían en uno de estos establecimientos los dos poetas? ¿Y estarían ambos algo achispados? No lo cuentan las crónicas. Pero el caso es que aquel día hablaron por los codos y que Malleville le reveló a su interlocutor la existencia de ese círculo, de sus charlas y de sus costumbres.

Faret, que acababa de publicar un libro titulado *L'Honnête homme*², quiso asistir a una de las reuniones para presentarlo. Conrart y sus compañeros se sintieron en la obligación de invitarlo. Escucharon la presentación y le hicieron unos cuantos comentarios que a Faret le parecieron sensatos. Tanto le gustó la experiencia que no pudo por menos de contársela, a su vez, a un amigo suyo, el padre De Boisrobert, que expresó el deseo de que lo admitieran también.

Este último era persona de agradable trato, muy querido en los salones parisinos y, al parecer, dueño de una fortuna considerable. Casi todos los «conjurados» lo conocían y lo apreciaban; el único motivo por el que hasta ese momento no habían querido que se uniese a ellos era que formaba parte del círculo de allegados de Richelieu, e invitarlo a sus reuniones equivalía a estar en el punto de mira del hombre que gobernaba Francia. Pero en cuanto De Boisrobert se enteró de que existía ese círculo, ya no hubo manera de dejarlo al margen.

Y entonces pasó lo que tenía que pasar: tanto lo sedujo la excelencia de las conversaciones a las que acababa de asistir, que le faltó tiempo para contárselo todo al cardenal. Quien de inmediato le preguntó, según cuenta Pellisson, «si aquellas personas no querrían constituir una corporación

y congregarse regularmente al amparo de una autoridad pública. Y como el padre De Boisrobert contestara que, a su entender, semejante propuesta sería recibida con agrado, le encargó que la hiciera y que ofreciera a esos señores su protección para esa Compañía suya, que mandaría fundar mediante cartas patentes; y también que transmitiera, a cada uno en particular, su mucho aprecio, que les demostraría siempre que coincidieran».

Al contrario de lo que había previsto el emisario de Richelieu, a Conrart y a sus amigos no les entusiasmó la propuesta. Fueron tomando la palabra por turno para decir que preferían seguir reuniéndose como antes, entre amigos y de manera informal.

Estaban debatiendo la forma más apropiada de rechazar la oferta de un hombre tan principal sin ofenderlo cuando el más famoso de todos ellos, el crítico literario Jean Chapelain, intervino con autoridad para decirles que estaban errando el tiro. Al igual que vuestras mercedes, les aseguré, disfruto mucho con nuestras reuniones tal y como son ahora, y me habría gustado que siguieran celebrándose discretamente y que el cardenal no supiera de nosotros; pero, ya que las cosas han ido por otros derroteros, sería una locura empeñarse; estamos tratando con un personaje que «cuando quiere algo no lo quiere a medias» y al que no se le puede decir impunemente que no; si rechazáramos la oferta que nos hace, nos perseguiría con su ira hasta que cediéramos. Les recordó que las leyes del reino prohibían toda reunión que se celebrara sin el consentimiento del príncipe y que, «a poco que le apeteciera», al cardenal le resultaría muy fácil acabar con sus reuniones para siempre.

Ese parecer tan realista acabó imponiéndose. De modo que, por lo que nos cuenta Pellisson, decidieron «que rogarían al padre De Boisrobert que le transmitiera al cardenal que le agradecían muy humildemente el honor que les hacía y que le asegurara que, a pesar de que jamás habían aspirado a tanto y de que les sorprendiera sobremanera este

propósito de Su Eminencia, estaban todos dispuestos a cumplir su voluntad. Al cardenal le satisfizo mucho esta respuesta y le encargó al padre De Boisrobert que les dijera que se reuniesen como de costumbre, que ampliasen la Compañía según les pareciera conveniente y que acordasen entre ellos cómo debería conformarse y regirse en el futuro». Esto aconteció muy a principios del año 1634.

«Así fue como se formó esta Academia al principio», dijo luego Voltaire, en el siguiente siglo, en su solemne ceremonia de ingreso. «Tiene un origen aún más noble que el que recibió del propio Richelieu; fue fruto de la amistad. Unos hombres a los que unía este noble lazo y el gusto por las bellas artes se reunían a escondidas de la fama; fueron menos brillantes que sus sucesores, y no menos felices».



PRECISAMENTE CUANDO EL CÍRCULO íntimo empezaba a transformarse en institución oficial, Valentin Conrart, que ya contaba más de treinta años de edad, decidió casarse. Con tal ocasión invitó a su casa a sus amigos, que no se limitaron a solazarse, sino que encontraron tiempo para debatir largo y tendido sobre la aventura en la que se habían embarcado. Tenían que entregarse sin más demora a las tareas que exigía crear la Academia: redactar los estatutos, darle un nombre, «nutrir» el grupo inicial ampliándolo hasta cuarenta miembros, y acordar un nuevo lugar para reunirse, porque Conrart ya no estaba soltero y no podían seguir quedando en su casa como antes.

Empieza entonces para el grupo un largo periodo de «nomadismo» durante el cual se encuentran ora en casa de este, ora en casa de aquel; el poeta Jean Desmarets era quien ejercía a menudo de anfitrión ya que vivía en un amplio palacete, el *hôtel Pellevé*, en la céntrica calle de Le

Roi-de-Sicile. Allí fue donde la Compañía empezó a cobrar forma; allí fue donde eligieron al primer secretario perpetuo (Conrart, claro está), y allí fue adonde invitaron a Pierre Bardin, el lunes 27 de marzo de 1634, para que se reuniera con «los señores de la Academia».

BARDIN NACIÓ EN RUÁN en 1595 en el seno de una familia humilde, estudió con los jesuitas y luego se fue a París para ejercer de preceptor del joven marqués de Humières. Gozaba de cierta notoriedad en los ambientes literarios por haber publicado un libro titulado *Pensées morales*; aunque no era más que una paráfrasis del Eclesiastés, ese tipo de obras gustaban mucho a la sazón.

Los fundadores de la Academia lo tuvieron en cuenta muy pronto y algunos, incluso, llegaron a mencionarle el proyecto. Bardin lo acogió muy fríamente, casi con hostilidad, lo cual resultaba inesperado viniendo de un hombre famoso por su cortesía y buenos modales. El porqué de tal actitud nos lo cuentan varios cronistas de la época de forma casi idéntica.

Bardin llevaba varios años escribiendo un libro que aspiraba a ser la culminación de su obra. En él brindaba consejos a quienes deseaban alcanzar el ideal de su época, el de un hombre abnegado, caballeroso, de pensamientos preclaros y modales exquisitos. Un día coincidió con Nicolas Faret y le contó largo y tendido su proyecto (sí, el mismo Faret al que Malleville habló de las reuniones en casa de Conrart). Bardin también se excedió con las confidencias y cometió la imprudencia de mencionar el título que pensaba darle a la obra que estaba escribiendo: *L'Honnête homme*. Sin ningún tipo de miramientos, Faret no solo le robó la expresión, que tuvo una amplia y duradera aceptación, sino que escribió a su vez un libro con ese mismo título, que fue a presentarles personalmente a los futuros académicos.

No resulta pues difícil de entender que Bardin no mostrase entusiasmo alguno cuando le ofrecieron unirse a un grupo al que pertenecía quien lo había expoliado. Pero tanto le insistieron que acabó por acudir al *hôtel Pellevé*.

Fue, por lo demás, una reunión bastante tormentosa. El aspirante le hizo reproches el señor Faret, quien replicó poniendo en tela de juicio la conveniencia de que la Compañía admitiera a Bardin en su seno. Pero las aguas finalmente volvieron a su cauce. Bardin pecaba de imprudente e impulsivo, pero no de rencoroso. Una vez que hubo dado rienda suelta a su resentimiento, se sobrepuso a la amargura, hizo borrón y cuenta nueva y se unió al grupo. Para el libro que estaba escribiendo eligió otro título que supliera al que le habían robado; la obra que iba a titularse *L'Honnête homme* pasó a ser *Le Lycée*, eso sí, con el siguiente subtítulo en cubierta: *donde se trata, en varios paseos, de los conocimientos, los asuntos y los placeres de un hombre de pro*.

Durante el poco tiempo que le quedaba de vida, el primer titular de este sillón asistió a las reuniones y participó fervorosamente en sus labores. Así pues, cuando la Academia en ciernes quiso marcar el inicio de sus actividades pidiéndoles a todos sus miembros una «arenga» sobre un tema de libre elección, Bardin pronunció una titulada *Du style philosophique*³ que, al parecer, gustó mucho a la audiencia.

Sostenía vehementemente que la filosofía no necesita en absoluto esas expresiones enrevesadas que le endilgan en las escuelas, dado que los problemas de que trata conciernen a todas las personas que deseen conocer y comprender el mundo; y que, por tanto, habría que hablar de ello con un lenguaje tan natural como fuera posible.

El texto de este discurso nunca se publicó. Pero sí se ha conservado el manuscrito, que se encuentra en la Biblioteca Nacional francesa. ¡Qué conmovedor resulta contemplar esas páginas e imaginarse la voz del hombre que las leyó

apasionadamente sin saber que serían las últimas que pronunciaría en público y que constituían, de algún modo, su testamento espiritual!

«Si existe una ley para los oradores según la cual sea menester recurrir a los más melifluos encantos de la elocuencia al empezar una arenga para así captar favorablemente la atención de la audiencia, he de confesar, señores, que soy infractor de esa regla. Creo que he obtenido esa gracia sin tener que tomarme la molestia de pedirla; y ya venga esta dispensa de la obligación o de la costumbre de concederla, me ha parecido que el tema de mi discurso la justificaba. Porque no voy a hablar en mi nombre, sino en el de la Filosofía. Y ella os dice: querida tropa...».

Y se engolfaba a continuación en un extenso alegato a favor de la modernidad, de la difusión del saber y, sobre todo, a favor de la lengua francesa, que debería tener la capacidad de expresar todo cuanto se podía expresar antaño en latín o en griego. Esa era, en su opinión, una de las tareas más importantes a las que debía entregarse la nueva academia. «Y aunque no soy nada aficionado a los halagos, no dudaré, sin embargo, en dedicarme un secreto aplauso en lo más hondo si mi discurso logra convenceros para emprender esa tarea que sería motivo de honor para vuestros nombres, de gozo para vuestra época y de gloria para vuestra patria».

Ocho días después de pronunciar esta arenga, el académico se ahogó en el Sena. Tenía cuarenta años.

EL ACCIDENTE QUE LE COSTÓ la vida ocurrió cerca de París, en Charenton, el sábado 29 de mayo de 1635. Ese día, Bardin actuó de forma impulsiva y notablemente irreflexiva. Pero también generosa y se podría decir que heroica. En todo caso, esa fue la opinión que de él tuvieron en su época, como atestigua una obra coetánea de autor anónimo titulada *De la prudence ou des bonnes règles de la vie*⁴: «Si se trata